

se divertían hablando sobre el capítulo de la Biblia que habían oído leer, y decían que sería preciso avisar á los padres, para que ciertos días no llevasen sus hijas al templo. Sumamente escandalizada quedé al oír estas palabras, de las cuales pedí explicaciones luego que se fueron los jóvenes; y me respondieron que efectivamente contenía este admirable libro muchos capítulos que no era bueno que los leyesen todos.

Acordéme entonces de que muchas veces había oído echar en cara á los católicos, el que no daban mas que un compendio de la Biblia, acusacion que desde luego me pareció una inconsecuencia. Dejé, pues, como he dicho la lectura de la Biblia ocupándome solo en la de la liturgia, único medio que me quedaba para conocer la verdad, puesto que estaba muy persuadida de que no habiendo mas que un solo Dios, tampoco podía haber mas que una sola religion verdadera. Imposible me era formar ninguna comparacion con la Religion católica, siéndome esta de todo punto desconocida. En cuanto á la reformada, no sabia de ella mas de lo que dicen los protestantes, y por de pronto veía que ya se habían equivocado, juzgando que la Biblia debía ponerse en manos de todo el mundo, siendo así que yo no podía leerla. Con esto comprendí fácilmente que podían muy bien haberse equivocado en otros puntos.

(Se continuará en el capítulo III).

CAPITULO II.

SEGUNDA PRUEBA

de la divinidad de la Iglesia romana.

SU SANTIDAD.

No menos propia de la Iglesia católica es la *santidad*, segundo carácter distintivo de la verdadera Iglesia; porque es *santa* en su doctrina, *santa* en un gran número de sus miembros, y Dios siempre ha aprobado su santidad por medio de grandes milagros; cuando por el contrario la secta protestante no puede vanagloriarse de poseer esta señal característica de la Iglesia de Jesucristo.

§ I. Santidad de su doctrina.

En primer lugar la Iglesia romana es *santa en su doctrina*, porque al paso que condena todos los vicios, aprueba todas las virtudes. De modo que el que sigue fiel-

mente sus doctrinas está seguro de que se salvará. La Iglesia romana condena hasta el mas pequeño deseo de venganza, hasta la mas pequeña chispa de odio, hasta el mas ligero arranque de mal humor, hasta el menor orgullo ó amor propio: ella impone como un deber y estrecha obligacion á todos los que profesan sus doctrinas el dar el ejemplo de las virtudes y de las cualidades opuestas á los vicios y faltas proscribas por las leyes, los cuales por ningun estilo pueden estar mezclados con los divinos caractéres que la adornan.

Cualquiera que no sea casto, ni sobrio, ni paciente, ni laborioso, ni veraz, ni desinteresado, ni benéfico, ni caritativo, ni se halla siempre dispuesto á perdonar y á dar inequívocas muestras de benevolencia y cordialidad á aquellos de quienes tiene alguna queja, ó se figura poderla tener, puede decirse que solo de nombre pertenece á la Iglesia católica.

Un verdadero cristiano, un católico en los diferentes estados de la vida, es siempre tal como debe ser: buen padre, buen hijo, tierno y fiel esposo, amigo constante

y generoso, amo afable y humano, lleno de amor y respetó para con aquellos á quienes le sujeta su estado; sensible á las miserias ajenas como á las propias, se apresura siempre solícito por aliviarlas; clemente y misericordioso para con sus mas acérrimos enemigos, se venga del mal que le han causado con el bien que les hace; mira, no con esa lástima desdeñosa, sino con ojos compasivos é indulgentes, las flaquezas humanas, aun cuando por su posicion se ve precisado á castigarlas. Y en todos los cargos que debe ejercer segun el órden natural y social, sigue estrictamente las reglas de la justicia y las leyes del deber.

Así es que á pesar de su animosidad contra la Iglesia católica, ya no se atreven los protestantes de ahora á acusarla de profesar una doctrina que enseña el crimen, de fomentar los vicios por medio de sus Sacramentos, y de corromper las costumbres con sus leyes. Esta calumnia solo se encuentra en los libros de los primeros predicantes y de los incrédulos. Si en su primer ímpetu le han echado en cara los reformadores la idolatría, y han sostenido

que era imposible salvarse en su seno, sus sucesores con mas moderacion han desistido de esta pretension, y convienen en que tambien en el seno de la Iglesia católica es posible salvarse.

§ II. *Santidad de sus miembros.*

Tambien es santa la Iglesia romana *en un gran número de sus miembros.* En efecto, basta recorrer el martirologio, ó el calendario, para ver el sin número de Santos que ha producido la Iglesia romana. Todos los que veneramos, cuya santidad reconocen hasta los mismos protestantes, pertenecen á esta Iglesia. Todos han profesado la fe de la Iglesia romana, en ella han vivido, en ella han muerto, por ella han derramado su sangre. Aun ahora sacamos de sus escritos las pruebas irrecusables y auténticas de nuestra fe. En efecto, los Ignacios, los Policarpus, los Ireneos, los Basilios, los Atanasios, los Ciprianos, los Hilarios, todos estos Mártires, estos santos Doctores, esas Vírgenes cuyos nombres cita, cuyas virtudes publica la Historia eclesiástica, ¿no eran todos católicos romanos? Y no solamente ha ha-

bido Santos en los primeros siglos de la Iglesia, sino tambien en todos los siguientes, y los habrá siempre, porque Jesucristo no abandonará nunca á su Esposa, la cual será como si dijéramos un fértil jardin de flores de una belleza maravillosa, y adorno digno de los cielos.

Y ¿qué ejemplos de santidad no se han visto aun en los tiempos modernos? ¡Qué celo por el restablecimiento de la disciplina no vemos en un *san Carlos Borromeo!* ¡Qué virtud, qué dulzura, qué piedad en un *san Francisco de Sales!* ¡Qué fervor en una santa Teresa! ¡Qué ardor por la conversion de los infieles en un *san Francisco Javier!* ¡Qué humanidad, qué caridad en un *san Vicente de Paul!*

Y no es esto solo, sino que á mas del infinito número de Santos que se han hecho célebres por sus heroicas virtudes, y á los cuales tributan los pueblos el debido culto, hay un número incomparablemente mayor, que se han santificado por medio de virtudes oscuras y ocultas á los ojos de los hombres. Hoy dia mismo, á pesar de lo corrompida que está la moral pública, se ha-

cen en la Iglesia tantas buenas obras, tantos actos de virtud, como en los siglos anteriores. Ahora bien, todos estos justos se han santificado por la fe, por el uso de los Sacramentos, por la sumision á la disciplina y á las leyes de la Iglesia romana.

Segun los principios que hemos sentado, hablando de la santidad de la Iglesia de Jesucristo, no debe atribuirse, querido amigo, á la Iglesia romana la corrupcion de sus hijos ni la de sus pastores. Ella es la primera que la condena y que la siente; y todos sus esfuerzos tienden á sacarlos de estos desórdenes, y conducirlos á mejores sentimientos; pero á pesar de esta corrupcion, nunca ha dejado de ser santa y pura, y lo será siempre.

Muy injustamente, pues, se esfuerzan los ministros de las sectas protestantes en inspirar á sus sectarios tanto desprecio y tanto horror á la Iglesia romana, por causa de la vida desreglada de muchos de sus hijos y de alguno de sus pastores. El triste espectáculo que nos ofrece la vida criminal de tantos malos católicos, debe sin duda alguna afligirnos, mas por ningun estilo debe ser

para nosotros motivo de escándalo, ni debe hacernos mirar la Iglesia romana como abandonada por el espíritu de Dios, y á la cual no puede convenir la santidad.

§ III. *Aprobacion de su santidad por los milagros.*

Por fin, Dios ha manifestado en todos tiempos por medio de grandes milagros la aprobacion que da á las virtudes que se practican en la Iglesia romana. El mundo está lleno de prodigios; se han hecho milagros en todos los siglos y en todas partes; no hay mas que leer las historias para convencerse de esta verdad, cuyas pruebas son tan claras y evidentes, que es menester haber perdido la razon para ponerla en duda. Ahora bien, todos estos milagros se han obrado en la Iglesia católica, y por gentes que profesaban la fe de esta Iglesia.

Nunca han dejado de obrarse milagros en la Iglesia romana, y hasta los vemos en nuestros tiempos. Si no son ahora tan frecuentes como en los siglos pasados, es porque los milagros antiguos se han obrado tanto para nosotros, como para nuestros

padres, y hoy día mismo son en la historia una prueba auténtica de la santidad de la Iglesia romana, en cuyo seno han sido obrados. La Iglesia de Roma, pues, amigo mio, tiene todos los caracteres de santidad que debe tener la verdadera Iglesia de Jesucristo.

§ IV. *Falta de santidad en los protestantes.*

Las sectas protestantes, por el contrario, no tienen ninguno de estos caracteres de santidad: ni ¿cómo podrían tenerlos, profesando una doctrina enteramente opuesta á la santidad, negando formalmente la necesidad de la penitencia y de las buenas obras, hablando de los consejos del Evangelio con el mayor desprecio, y enseñando que basta tener fe para no poder perder la justicia, aun entregándose á los mayores desórdenes?...

En cuanto á santos célebres por sus virtudes, los protestantes no pueden presentar ninguno; antes al contrario, la mayor parte de sus hombres célebres lo han sido por haber sido esclavos de las pasiones mas infames. Desconocidos son entre ellos los mi-

lagros, y jamás ningun miembro de su secta ha podido jactarse con la menor apariencia de verdad, de haber sido autor ó por lo menos instrumento de un solo prodigio.

§ V. *Objecion de los protestantes.*

Tal vez nos objetarán nuestros adversarios que muchos católicos no son mas santos que ellos. A esto podríamos responderles, querido Teófilo, que Jesucristo mismo predijo la mezcla que habria siempre de buenos y de malos en su Iglesia; él mismo nos dice que habrá siempre zizaña mezclada con el trigo en el campo del Padre de familias, hasta el tiempo de la siega; sabida es de todos esta parábola, y nosotros podríamos añadir que, así como porque tenga un hombre hijos malos é incorregibles no puede sacarse por consecuencia que él no es virtuoso, del mismo modo tampoco puede decirse, que los pecadores que la Iglesia encierra en su seno perjudiquen á su santidad.

Mas no es esto solo lo que podemos responderles; podemos decirles, que existe

una diferencia no pequeña entre ellos y nosotros. Efectivamente, los católicos que son viciosos contradicen la doctrina que profesan, descuidan los Sacramentos, ó los profanan, y violan las leyes establecidas por la Iglesia. Entre los protestantes al contrario, basta seguir al pié de la letra las doctrinas de los pretendidos reformadores para ser vicioso: lo que han enseñado acerca la fe justificante, la inamisibilidad de la justicia, el mérito de las buenas obras, el efecto de los Sacramentos, la inutilidad de las mortificaciones, etc., es mas á propósito para fomentar los vicios que para reprimirlos. Los reformados protestantes han quitado del culto las prácticas mas capaces de infundir la piedad y el respeto á la majestad de Dios, la confianza en él, el espíritu de humildad y de penitencia; y ellos mismos, léjos de haber sido un modelo de virtudes, lo han sido de los vicios mas groseros.

EJEMPLO.

DETALLES ACERCA DE LUTERO Y DEMÁS REFORMADORES.

No una vez sola se ha entristecido nuestro corazón al ver el mal uso que ha hecho el Religioso Agustino de los dones que Dios le habia dispensado. Ya hemos hecho ver sus continuas variaciones, las cosas imposibles que él da por evidentes, sus profecías acerca la caída de la Iglesia de Roma, sus blasfemias contra la cátedra de san Pedro, sus ultrajes á las luces de la tradicion, al esplendor del sacerdocio y de la humanidad, y toda la infinidad de injurias que prodiga contra los que no creen en él. Á menudo será dejado nuestro libro; dudarás de la verdad de nuestra relacion; mas no importa; dúdese cuanto se quiera, ahí tenemos nuestra prueba, y es preciso someterse á ella ó negar que haya existido Lutero. Vamos á reproducir sus mismas palabras, sin el menor comentario. Hemos estado dudando un momento si lo haríamos, no atreviéndonos á reproducir ideas que ofenden á la vez á la vista y al oído, pero nos ha dado ánimo el pensar que no nos toca á nosotros sonrojarnos por Lutero.

Si rubor debe haber caiga enteramente sobre su frente; solo sentimos no estar tan versados como él en las lenguas griega y latina.

Cuando Lutero, ese Sanson de la reforma, agarró las columnas del templo para sacudirlas y derribarlas, fueron en su ayuda muchos trabajadores, tales como Karlostadió, Ecolampadio, Agriçola,

Mayor y muchos otros, á los cuales Lutero recompensaba dándoles coronas en esta vida, y prometiéndoselas en la otra. Pero estos hombres quisieron trabajar por su cuenta dejando á un lado á Lutero. Entonces es cuando se empieza un drama demasiado serio, para provocar á risa. *¿Quién sois vosotros,* exclamó el Doctor, *para anunciar otro Evangelio? ¿Cuáles son vuestros milagros? ¿En dónde están las señales que habeis colocado en el cielo?* Ni uno solo responde, ni uno solo se encuentra, dice Erasmo, que haya ni siquiera curado un caballo cojo.

Mas como ninguno de estos reformadores se quedó helado con sus preguntas, preguntaron á su vez á Lutero: *¿Y á tí quién te ha enviado? ¿En dónde están las señales con que podemos conocer tu mision? ¿Qué milagros has obrado?* Lutero ni siquiera ha vuelto la vista á un ciego. A falta de señales tiene su excesiva cólera. De ahí es que lleno de rabia se pone á registrar los libros de estos nuevos apóstolés, se los hace presentar todos delante de su tribunal, y en audiencia plena, en medio de las carcajadas de todos los presentes, los azota y los marca en la frente como Cain, y luego en tono de profeta se los saca de delante diciéndoles: *estais condenados si no os arrepentís.* Todos murieron impenitentes, pero antes de morir les tocó tambien su turno y citaron á su tribunal al Reformador. Sus escritos nada tienen de esa elocuencia que conmueve, cautiva y arrebató: el estilo es muy bajo pero muy picante, como nos lo atestiguan algunos de sus opúsculos, raros hoy dia y por tanto difícil de encontrarse.

¡Hé aquí, pues, la anarquía desgarrando el seno de su madre la iglesia de Witemberg! Hé aquí á

los hermanos uterinos de la reforma, á los que han mamado su misma leche, maldiciéndose unos á otros, y emplazándose mutuamente á los piés del Juez supremo, Lutero para pedir cuenta á Munzer de todas las almas que ha fascinado y perdido con su veneno; y á este para pedirselo á Lutero de la sangre de los anabaptistas;

Karlostadio para acusar á Lutero de haber pervertido el Verbo divino; y Lutero para burlarse de las divisiones del Arcediano;

Ecolampadio para explicar á Lutero el sentido de las palabras de la cena; y este para anatematizar la interpretacion de Ecolampadio;

Zuinglio para vituperar á Lutero, el que despreciando la Escritura, ha hecho del hombre un esclavo, un hijo de las tinieblas é incapaz por sí solo de escoger el camino de la luz; y á Lutero para bendecir á Dios por el sablazo que hirió mortalmente á Zuinglio en Kappel.

¿No es un espectáculo bien original ese drama, en el cual no se descubre nada de la unidad católica, y cuyos actores son todos apóstatas, monjes, clérigos y sacerdotes que se han casado? ; Evangelistas que se creen todos iluminados por el Espíritu Santo y se anatematizan mutuamente; profetas y apóstoles de Jesucristo, que se jactan de poseer el criterio de la verdad y no se entienden entre sí mas de lo que se entendian los trabajadores de la torre de Babel!

(Historia de la vida, escritos y doctrina de Martin Lutero, por Mr. Audin).